

pensamiento, recorre en breve todos los ámbitos del espacio, así también mudan aquí los embates de la casualidad, y gira la rueda de la fortuna, porque todo es ola sobre las olas, y la propiedad una ilusión en ellas.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—Pero no es sólo en el imperio de las ondas, sobre las corrientes instables del abismo, en donde vacila la suerte y no se detiene, que también se agita sin cesar en la tierra, no obstante las fuertes columnas que la sustentan... Inquiétame esta nueva paz, y no me inspira grata confianza. No quisiera levantar mi cabaña sobre la lava despedida del volcán. El odio ha penetrado en lo profundo, y han ocurrido harto graves sucesos, para que se abandonen y se olviden. Aun no he sido testigo de su término, y me acometen tristes presentimientos. No osan profetizar mis labios, pero me desplace sobremanera este misterio, este himeneo sin bendición, estos senderos tortuosos y oscuros del amor, este rapto temerario del convento. Lo bueno sigue el camino trillado, y la semilla dañada produce frutos aviesos.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*) Como todos sabemos, en virtud de otro rapto, la esposa de nuestro anterior soberano compartió su tálamo criminal, porque su padre la había elegido para él. Y el abuelo, instigado por la ira, dejó caer semilla horrible de espantosas maldiciones en el lecho conyugal. Nefandos é inauditos crímenes se ocultan en este palacio.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sí; malos son los principios, creedme, y los fines serán iguales, porque toda acción hija de la ciega cólera ha de expiarse bajo el sol. Ni es azar ni suerte incomprensible que hermanos se destruyan furiosos, porque fué maldito el seno de su madre, y de él había de nacer el odio y la discordia... Pero debo callarme y ocultarlo, porque los Dioses vengadores castigan en silencio; y será ocasión de llorar esas desventuras cuando se aproximen y sucedan. (*Vase el coro*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

La escena es un jardín, que deja ver la mar.

BEATRIZ sale de un pabellón inmediato, va y viene, mirando á todas partes. De improviso se detiene y escucha.

BEATRIZ.—No es él... Era el soplo del viento, que murmuraba en las copas de los pinos. Ya el sol se inclina hacia el horizonte, y las horas se deslizan para mí perezosas, y me acomete frío temblor, y hasta el mismo silencio me asusta. En cuanto alcanza mi vista, nada parece, y me deja atormentarme aquí, llena de angustia.

Cerca escucho, como si fuese espumosa cascada, el ruido de la ciudad populosa; lejos muge el vasto mar, azotando sin cesar sus riberas. Todos los horrores me asedian, y me confieso débil en medio de esta grandeza tremenda, y temblorosa, como la hoja del árbol, me pierdo en el espacio infinito.

¿Por qué abandoné yo mi tranquila celda? En ella vivía sin afanes ni cuidados. Mi corazón estaba en paz, como la

fuelle del prado, sin deseos, aunque no sin alegrías. Me ha arrastrado la oleada de la vida, y me lleva el mundo en sus brazos gigantes; ya he roto todos mis antiguos vínculos, fiándome de la prenda frívola del juramento.

¿En donde estaba mi razón? ¿Qué he hecho? ¿Me ha **ex-**traviado una loca ilusión?

Desgarré el velo de mi casta juventud, y rompí las puertas de mi santo retiro. ¿Me cegó, enredándome en su urdimbre, algún encanto infernal? En mi huida punible he seguido á un hombre, á mi osado raptor.

¡Oh! ¡ven, mi bien amado! ¿En dónde te detienes? ¿Por qué tardas? ¡Libra, libra á mi alma de esta lucha! ¡El arrepentimiento me tortura, y el dolor me domina; que tu ansiada presencia sosiegue mi corazón!

¿Y no debía yo entregarme al único hombre, que en el mundo me ha amado? Porque yo vine á la luz de la vida como á tierra extraña, y desde el principio, un destino funesto, cuyo velo no me atrevo á levantar, me separó del regazo maternal. Solo una vez he visto á la que me engendró, pero su imagen se ha desvanecido como la de un sueño.

Y así crecí en silencio en lugar oscuro, acompañada de sombras en la época más ardiente de la existencia... De repente se presenta á las puertas del convento, bello como un Dios, y varonil como un héroe. ¡Oh! ¡No hay palabras, que expresen mis sentimientos! Extranjero era para mí, y de un mundo también desconocido, y rápido, como si hubiese de ser eterno, formóse el lazo, que ningún hombre puede desatar.

Perdóname tú, sér venerable que me diste el ser, si, adelantándome á la hora marcada por el destino, elegí yo misma la senda que había de recorrer. No fui libre en mi elección, por que él me la trazó. Ese Dios penetra por las puertas cerradas, y llegó hasta la torre de Perseo, y es

deidad que nunca pierde su victima. Aunque estuviese sujeta en desiertos peñascos, y á las columnas que sostienen al Atlas, allá la llevaría un caballo alado.

Ya no quiero mirar más detras de mí, y no suspiro por mi antiguo retiro. Prefiero confiarme al amor, si no hay dicha comparable á la que proporciona. Conténtome de buen grado con mi suerte, porque desconozco las demás alegrías de la vida. Pero ni tampoco conozco á los autores de mis días, y no quiero conocerlos, si han de separarme de tí, oh amado mío. Quiero ser siempre para mí un eterno enigma. Sé bastante: vivo para tí. (Observando atenta) ¡Silencio! ¿Es su voz querida?.. No; es el eco, el sordo rugido de las olas, que se estrellan contra la ribera, pero no es, no es mi amante. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿En dónde se detiene? Me acomete glacial terror. El sol se oculta más y más. Este lugar se hace más solitario, y mayor es la tristeza que asedia á mi corazón... ¿En donde está? (Va y viene con inquietud.)

No me atrevo á llevar mis pasos fuera de las murallas seguras de este jardín. Grande fué mi espanto, cuando osé hollar la iglesia próxima. Una fuerza irresistible, que brotaba de lo más profundo de mi alma, al llamar á la oración, me arrastraba á arrodillarme en ese asilo sagrado para rogar á la Madre de Dios. ¿Y si alguno me espiaba? Lleno está el mundo de malvados, y la astucia, en todas las sendas, pone sus lazos engañosos para sorprender á la piadosa inocencia. Lo sé por triste experiencia, cuando desde lo alto del convento, para ver extraña muchedumbre de hombres, me dejé dominar de curiosidad culpable. Entonces, en los solemnes funerales del Principe, pagué cara mi osadía, y sólo Dios me preservó... Cuando se acercó á mí ese mancebo desconocido, con sus ojos animados, penetrando, con espanto mío, sus miradas en lo más profundo de mi alma, me estremeci en todo mi cuerpo. Todavía me sobrecoga

frío mortal, cuando me acuerdo. Nunca, nunca puedo mirar los ojos de mi amante, cuando pienso en mi secreta falta. (Escuchando.) ¡Voces en el jardín! ¡Es mi dueño! ¡El mismo! No me engañan ahora mis oídos ¡Viene, se acerca! ¡A sus brazos, contra su pecho! (Corre con los brazos abiertos hacia el fondo del jardín, y encuentra á D. César.)

ESCENA II.

D. CESAR, BEATRIZ y el coro.

BEATRIZ. (Retrocediendo asustada.)—¡Ay de mí! ¿Qué veo? (El coro se adelanta en este instante.)

D. CÉSAR.—Nada temas, beldad divina. (Al coro.) El aspecto feroz de nuestras armas asusta á esa tímida doncella. Retroceded, y manteneos á respetuosa distancia (A Beatriz.) Nada temas. Ese pudor delicado, esa belleza son para mí venerandos. (El coro se ha retirado; él se acerca y toma su mano.) ¿En dónde estabas? ¿Qué poder sobrenatural te robó y ocultó tanto tiempo? Te he buscado, he preguntado por tí; despierto, soñando, eras tú el único amor mío, desde que te ví en los funerales del Principe, como la aparición de un ángel, radiante de luz, desde que te ví por vez primera... No se te ha ocultado el influjo que en mí ejerciste. El fuego de mis miradas, la contracción de mi voz, y mi mano, que tiembla en la tuya, te lo han declarado... la so. en ne majestad del lugar impedía confesión más explícita... La celebración de la misa me obligó á orar; y cuando se alzaron del suelo mis rodillas, y te buscaron en seguida mis ojos, ya no estabas allí, pero tú encadenas mi corazón y todos sus afectos con los lazos de un encanto todopoderoso. Desde ese día, yo te persigo sin descanso

en las puertas de todas las iglesias y palacios, y en todos los parajes públicos y ocultos, en donde la inocencia y la belleza pueden mostrarse, llenándolos de espías; y, sin embargo, ningún fruto daban mis esfuerzos, hasta que hoy, al fin, guiado por alguna deidad, uno de mis más celosos emisarios tuvo la dicha de descubrirte en esta iglesia próxima. (Beatriz, que hasta entonces había parecido inquieta y descontenta, hace un movimiento de horror.) Otra vez te hallo, y antes se separará mi alma de mi cuerpo, que yo de tí. Y para que la suerte se fije y para preservarme de la envidia del demonio, te proclamo mi esposa ante todos estos testigos, y te doy en prenda mi diestra de caballero (La presenta al coro.)

No quiero preguntar quién eres... Sólo te amo por tí, y nada pido á los otros. Al contemplarte por vez primera, he averiguado, y me atrevería á jurarlo, que tu alma es tan pura como tu origen; y aunque fueses de la clase más ínfima, siempre serías mi amada, porque me es imposible ser libre y elegir otra.

Y has de tener entendido que soy tan dueño de mis acciones, y tan elevado mi rango en el mundo, que por mi solo poder alzo á mi amada hasta mí, bastándome pronunciar mi nombre... Yo soy D. César, y en esta ciudad de Mesina nadie es más que yo. (Beatriz tiembla de nuevo: él lo observa, y prosigue después de breve pausa.) Alabo tu sorpresa y tu púdico silencio, porque la humildad vergonzosa es tu supremo encanto. La belleza se desconoce á sí misma, y se asusta de su propio poder... Me voy y te dejo entregada á tí misma, para que tu ánimo se desembarace de su horror, porque todo lo nuevo, y hasta la alegría, espanta. (Al coro.) ¡Andad, vosotros!.. ella es desde este momento... digna de vuestro respeto, como mi prometida y vuestra Princesa. Enseñadla cuánta es la grandeza de su estado Pronto volveré para llevármela, como conviene á ella y á mí. (Vase.)

ESCENA III.

BEATRIZ y el coro.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Salve, oh doncella, amable soberana! Tuya es la corona, tuyo el triunfo.

Yo te saludo como á madre de nuevo linaje, y lozano tronco de futuros héroes.

ROGER.—Salve, tres veces; con felices auspicios, tú, también feliz, entras en palacio venturoso, favorecido de los Dioses, ornado con gloriosas guirnaldas, y cuyo cetro de oro pasa de abuelos á nietos en sucesión jamás interrumpida.

BOHEMUNDO.—Con tu amable llegada se llenarán de júbilo los penates de este palacio, y los nobles, los graves, los venerandos antepasados de nuestros señores. Serás recibida en sus umbrales por Hebe, de eterna juventud, y por la preciada Victoria, deidad con alas, que descansa en la mano del Sér Supremo, y cuyo vuelo siempre lleva al triunfo apetecido.

ROGER.—Nunca salió de este linaje la flor de la belleza. Cada Princesa, al desaparecer, legó á su sucesora el cinturón de las Gracias y el velo de la modestia. Pero mis ojos contemplan á la bella entre las bellas, porque veo á la hija en toda su lozanía, antes de ajarse la madre.

BEATRIZ. (Despertando de su horror.)—¡Ay de mí! ¡En qué manos me ha entregado mi desdicha! ¡Entre todos cuantos viven, éste es el más temible para mí!

Ahora me explico mi espanto, la misteriosa aversión, que se apoderaba de mí, y me hacía temblar, cuando oía pronunciar el nombre de esta familia terrible, que se aborre-

ce de muerte, y que mantiene entre sus miembros guerra sangrienta é implacable. Con frecuencia ha llegado á mis oídos la noticia de la rabia ponzoñosa, que reina entre ambos hermanos, y ahora mi destino funesto me arrastra, pobre y desvalida, en el torbellino de este odio, de este espantoso infortunio. (Huye á la habitación del jardín.)

ESCENA IV.

EL CORO.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Envidia á los hijos favorecidos por los Dioses, á los bienaventurados poseedores del poder! Siempre es suyo lo más precioso, y siempre se llevan la flor de todo lo más rico y elevado de cuanto disfrutan los mortales.

ROGER.—Eligen la más pura entre las perlas, que el pescador coge sumergiéndose. Para el Soberano es también el fruto más estimado, obra del trabajo común. Que sus servidores se contenten con la parte igual que les toca; la mejor es siempre para él.

BOHEMUNDO.—Pero su privilegio más grato, sean cuales fueren los demás, y el que yo codicio sobre todos, es el de llevar á su casa á las mujeres más hermosas; y, aunque encante los ojos de todos, sólo suya es la posesión.

ROGER.—Con la espada desnuda salta el corsario en la ribera, aprovechando la oscuridad de la noche; cautiva hombres y mujeres, y sacia sus instintos brutales, pero no osa tocar á la más bella, porque es un bien del Rey.

BOHEMUNDO.—Pero seguidme ahora para guardar la entrada y los umbrales de esta mansión respetada, á fin de

que ningún profano averigüe este secreto, y nos alabe nuestro Señor, puesto que ha confiado á nuestra vigilancia su joya más preciosa. (El Coro se retira al fondo del teatro.)

La escena cambia y representa una sala interior del palacio.

ESCENA V.

D.^a ISABEL, que está de pie entre D. MANUEL y D. CÉSAR.

ISABEL. — Por fin llegó el día tan deseado por mí, tan solemne y tan grato... Veo unidos los corazones de mis hijos, como junto yo sus manos, y por vez primera en este íntimo coloquio, puede vuestra madre feliz abrir os su pecho. Lejos se halla esa feroz muchedumbre de testigos que, pronta á pelear, se interponía siempre entre vosotros y yo... Ya no me espanta el ruido de las armas; y como la bandada de búhos nocturnos huye del castillo incendiado y en ruinas, en donde han anidado largos años, considerándolo como su dominio y formando alado escuadrón, que oscurece al día, cuando su poseedor, mucho tiempo ausente, se acerca lleno de gozo á construir nuevo edificio; así también huye el antiguo odio con su tenebroso acompañamiento de la sospecha de ojos hundidos, la horrible perversidad y la pálida envidia, precipitándose desde estas puertas en el Averno, no sin murmullos, y con la paz vuelven la dulce confianza y la apetecida concordia... (Se detiene un momento.) Pero no basta que este día dé un hermano á cada uno de vosotros, que también os da una hermana... ¿Os admiráis? ¿Me contempláis sorprendidos? ¡Sí, hijos míos! Tiempo es ya de que yo revele mi secreto, y rompa el sello de misterio perdurable... También

di una hija á vuestro padre... vive todavía vuestra hermana más joven... y hoy la abrazaréis.

D. CÉSAR. — ¿Qué dices, madre? ¿Tenemos una hermana, y nunca hemos oído hablar de ella?

D. MANUEL. — Recuerdo, que, en nuestros primeros años, oímos hablar de que había nacido una hermana nuestra; pero todavía en la cuna, según dijeron, la arrebató la muerte.

ISABEL. — ¡Falso rumor! ¡Vive!

D. CÉSAR. — ¡Vive, y tú lo has ocultado!

ISABEL. — Explicaré los motivos de mi silencio. Escuchad, y sabréis cuáles son los frutos que hoy se cosechan de la semilla, sembrada en otro tiempo... Erais aún niños, y ya os dividía ese odio funesto, que llenaba de pena á vuestros padres. Un sueño extraño visitó entonces al autor de vuestros días. Vió dormido que de un lecho nupcial brotaba un laurel, cuyas ramas se entrelazaban estrechamente... entre ellas crecía una azucena... Trocóse ésta en una llama, que devoró los ramos y la bóveda, abrasando en un momento con su rabia invencible y su monstruoso fuego á todo el edificio.

Espantado de esta singular aparición, consultó vuestro padre á un astrólogo árabe, que era su oráculo, y á quien honraba, en mi juicio, más de lo conveniente, para que se lo explicase. El árabe declaró, que si yo daba á luz alguna hija, causaría la muerte á sus dos hijos, y perecería todo su linaje... Y yo fui madre de una niña, y vuestro padre dió la orden cruel de arrojar al mar á la recién nacida. Yo eludí este mandato sanguinario, y la conservé valiéndome de un fiel servidor.

D. CÉSAR. — Bendito sea el que te prestó ese servicio. Nunca falta la prudencia al amor maternal.

ISABEL. — No fué sólo el amor de madre lo que me impulsó á proteger á mi hija. También yo tuve un sueño mi-

lagroso y profético, cuando mi seno recibió esa bendición divina. Un niño, bello como el Dios del Amor, jugaba á mi vista en un prado, cuando salió del bosque un león, trayendo en sus fauces ensangrentadas presa reciente, y depositándola con dulzura en el regazo del niño. También descendió un águila de los aires con un corzo entre sus garras, que depuso, como el león, en el regazo del niño, y ambos, el águila y el león, se echaron juntos á sus pies... Un fraile me explicó el sentido de este sueño, un fraile favorecido por Dios, en quien hallaba el corazón consuelo y consejo en todas las aflicciones de la vida. Dijome que yo daría á luz una hija, que trocaría en afecto ardiente la belicosa enemistad de mis hijos... Guardé en mi interior estas palabras, fiándome más del Dios de la verdad que del mal espíritu de la mentira, y salvé esa hija, prometida por Dios, y prenda de esperanza, que había de ser para mí instrumento de paz, ya que vuestro odio se aumentaba sin descanso.

D. MANUEL. (Abrazando á su hermano.)—No es necesaria una hermana para formar los vínculos del amor fraternal, pero sin duda ha de estrecharlos.

ISABEL.—Púsela, pues, en oculto paraje, lejos de mí, y la hice criar misteriosamente por manos extrañas... Renuncié al codiciado placer de verla, temiendo á su severo padre, que, atormentado incesantemente por los remordimientos de su conciencia, y lleno de la más sombría desconfianza, espiaba siempre todos mis pasos.

D. CÉSAR.—La callada tumba encierra ya á nuestro padre hace tres meses... ¿Qué obstáculo te impedía, oh madre, sacar á luz á esa hija, por tanto tiempo oculta, y recoger nuestros corazones?

ISABEL.—¿Qué otro motivo que vuestras malhadadas contiendas, que, siempre rabiosas, acreciendo sobre el sepulcro de vuestro padre, apenas enterrado, no ofrecían

esperanza alguna de reconciliación? ¿Había de poner á vuestra hermana entre vuestras espadas crueles? ¿Atenderiais en medio de esta borrasca á la voz de vuestra madre? ¿Debía yo lanzar á la aventura, extemporáneamente, exponiéndola al furor de vuestros odios, á esa estimable prenda de paz, á esa suprema y sagrada áncora de esperanza?... Menester era que antes os acostumbrarais á trataros como hermanos, para que yo colocase entre ambos á vuestra hermana, como á un ángel de concordia. Ahora puedo hacerlo; os la traigo. Con ese objeto he enviado ya al antiguo servidor de que os hablé; la espero á cada instante. Arrancándola de su pacífico retiro, la conducirá al alcance de mi pecho maternal, y á los brazos de sus hermanos.

D. MANUEL.—Y no es ella la única, que tú estrecharás hoy entre tus brazos de madre. Por otras puertas entrará también hoy la alegría, que llenará este palacio desierto, y lo trocará en mansión de gracias seductoras... Oye, oh madre, ahora mi secreto. Tú me das una hermana... yo, en cambio, te ofreceré una segunda y amable hija. ¡Sí, madre; bendice á tu hijo!... Mi corazón la ha elegido; ya he encontrado á la que ha de ser la compañera de mi vida. Antes que se oculte el sol, estará á tus pies la esposa de Manuel.

ISABEL.—La oprimiré amorosa contra mi pecho, porque hará dichoso á mi primogénito. ¡Que de sus pasos surjan todos los bienes; que todas las flores que embellecen la vida, que todo linaje de felicidades premien al hijo, que me hace la más orgullosa de las madres!

D. CÉSAR.—No derrames, oh madre, todas tus bendiciones sólo sobre tu primogénito. Si el amor las procura, yo te daré otra hija, digna de tal madre, que me ha enseñado á sentir lo que es amor. También antes que se ponga el sol, César te presentará á su esposa.

D. MANUEL.—¡Amor todopoderoso! ¡Amor divino! ¡Con razón te llaman soberano de las almas! Obedeciente todos los elementos, y puedes unir á los más implacables enemigos. Nada existe que no reconozca tu imperio, y has triunfado del carácter feroz de mi hermano, que hasta ahora ha permanecido inflexible. (Abrazando á D. César.) Ahora doy fe á tu corazón, y te oprimo, lleno de esperanza, contra mi pecho fraternal: ya no dudo de tí, si puedes amar.

ISABEL.—¡Bendito sea tres veces este día, que libra á mi corazón afligido de todo cuidado grave!... Mi linaje se apoya en robustas columnas, y puedo contemplar con espíritu tranquilo al porvenir infinito. Ayer aun me cubría el velo de viuda, sin arrimo, sin hijos, sola en estos salones solitarios, y hoy, en la flor de la juventud, tendré á mi lado á tres bellas hijas. Dígame cuál será la madre, tan afortunada entre todas, que pueda compararse en ventura conmigo... Pero ¿qué hijas de familias reales existen en las fronteras de este reino, de quienes no haya oído yo hablar?... porque la elección de mis hijos no habrá sido indigna de su rango.

D. MANUEL.—No intentes hoy, oh madre, levantar el velo, que oculta á mi dicha. Próximo está el día, en que se descubrirá, y será preferible que mi prometida se dé á conocer en persona. Entonces la juzgarás digna de mí.

ISABEL.—En mi hijo primogénito veo el carácter y las ideas de su padre. Siempre agradó á éste combinar en secreto sus proyectos, y reservar sus resoluciones en lo más íntimo de su pecho. De buen grado te concedo ese corto plazo. Pero creo que mi hijo César me designará á la hija de algún Rey.

D. CÉSAR.—No acostumbro, oh madre, guardar en nada misterio. Libre y franco, como lo dice mi frente, es mi carácter; pero lo que exiges de mí ahora, oh madre, eso... para hablar honradamente, ni yo mismo lo he exigido. ¿Se

pregunta acaso de dónde vienen los rayos ardientes del sol? Puesto que alumbra al mundo, claro es que indica que la luz es su dominio. Yo he contemplado los ojos brillantes de mi prometida; yo he penetrado en el fondo de su alma, y en la pureza de sus resplandores he conocido que era una perla; pero no puedo decirte su nombre.

ISABEL.—¿Cómo así, mi César? ¡Explicámelo! Te has fiado del primer impulso de tu sentimiento, como si fuese la voz de Dios. Esperaba algo de tí, que revelase la fogosidad de la juventud, no la locura de un niño... Dínos en que se ha fundado tu elección.

D. CÉSAR.—¿La elección, madre mía? ¿Es elección la fuerza irresistible del destino, que arrastra al hombre cuando llega el momento fatal? No; yo no me proponía buscar una esposa, ni era posible que se me ocurriese tan necia idea en la mansión de la muerte, porque en ella encontré lo que allí no buscaba. Indiferente era para mí, y no daba importancia alguna al sexo femenino, ligero y hablador, porque no he visto otra como tú, á quien honro como á imagen de Dios. Celebrábanse los tristes funerales de mi padre; y, ocultos entre la muchedumbre, asistimos á ellos, como sabes, disfrazados, con arreglo á tu orden prudente, para que nuestros odios y nuestras disensiones no perturbasen la ceremonia... La nave de la iglesia estaba cubierta de negro crespón, y veinte estatuas, con antorchas en las manos, rodeaban el altar, ante el cual, y en lo alto, yacía el féretro, envuelto en paños negros con cruces blancas. Sobre él se veían el bastón de mando, la corona real, las espuelas de oro, insignias de caballero, y la espada, con su empuñadura de diamante... Todos estaban arrodillados y devotos, cuando de improviso sonó el órgano desde lo alto del coro, y se oyeron cien voces... Y mientras el coro cantaba, el féretro desaparecía con el apoyo en que se asentaba, bajando insensiblemente al

mundo subterráneo, oculto por el paño mortuorio que se extendía á su rededor y disimulaba su entrada, y quedando sobre la tierra el mundanal ornamento, que no habia de acompañar al difunto en la tumba. Sin embargo, el alma, en libertad, era llevada á lo alto en las alas seráficas del canto, en demanda del cielo y de la gracia divina... Te recuerdo todo esto, oh madre, y te lo describo con exactitud, para que comprendas si era posible que se albergase entonces en mi alma algún deseo terrenal. Y, no obstante, el árbitro de mi vida escogió este momento grave y solemne, para tocarme con un destello del amor mundano. ¿Cómo sucedió esto? Yo mismo lo ignoro.

ISABEL.—Acaba, pues. Cuéntamelo todo.

D. CÉSAR.—De dónde venía ella y cómo se encontró junto á mí, no lo sé... Al volver yo los ojos, estaba á mi lado, y confusamente, pero con imperio irresistible y portentoso, su proximidad me conmovió hasta lo más profundo del alma. Y no fué su belleza exterior, ni su seductora sonrisa, ni el encanto de sus mejillas, ni sus formas divinas... su vida retirada y misteriosa fué el poder sobrenatural y santo, que se apoderó de mi como fuerza mágica incomprendible... Sin hablar palabra, nuestras almas, al parecer, se comunicaron sin necesidad de intermediario alguno, como si mi aliento se confundiese con el suyo. Era para mí una persona extraña y á la vez íntima, y sentí en mi interior una voz que me decía: ¡O ella ó ninguna otra será para tí en toda la tierra!

D. MANUEL. (Interrumpiéndolo con viveza).—Es el sagrado y celestial rayo del amor, que llega al alma, y la conmueve y enciende, cuando lo igual se encuentra con su igual, que no permite resistencia ni elección, no desatando el hombre lo que el cielo ata... opino como mi hermano, y debo alabarle, porque al referir su historia cuenta la mía, porque ha levantado el oscuro velo que me ocultaba.

ISABEL.—Veo bien que mis hijos siguen la senda que les ha señalado el destino. De los montes baja el impetuoso torrente, que se abre su propio lecho y se traza su camino, sin cuidarse del que ya existía, obra de la experiencia. Yo me someto... ¿Qué otra cosa hacer? La mano poderosa é inflexible del hado teje en las tinieblas la suerte de mi linaje. El corazón de mis hijos es prenda de mi esperanza, y sus pensamientos son hidalgos, como es noble su alcurnia.

ESCENA VI.

ISABEL, D. MANUEL, D. CÉSAR, DIEGO, que se presenta á la puerta.

ISABEL.—¡Ved! Ahí vuelve mi fiel servidor. ¡Pero acércate, acércate, honrado Diego! ¿En dónde está mi hija?... ¡Lo saben todo! Ya no es ningún secreto... ¿En dónde está? ¡Habla! ¡No lo ocultes más tiempo! Estamos preparados para recibir la mayor de las alegrías. ¡Ven! (Hace ademán de dirigirse con él hacia la puerta.) ¿Qué es esto? ¿cómo? ¿vacilas? ¿emudeces? Tus miradas no me anuncian nada bueno... ¿Qué te sucede? ¡Habla! ¡Yo tiemblo! ¿En dónde está? ¿En dónde está Beatriz? (Quiere salir.)

D. MANUEL. (Aparte, y sorprendido).—¡Beatriz!

DIEGO. (Deteniéndola).—¡Quedaos!

ISABEL.—¿En dónde está? Esta incertidumbre me mata.

DIEGO.—No viene conmigo. No os traigo á vuestra hija.

ISABEL.—¿Qué ha ocurrido? ¡Habla, por todos los santos del cielo!

D. CÉSAR.—¿En dónde está mi hermana? ¡Habla, desdichado!

DIEGO.—¡La han robado! ¡La han robado unos piratas! ¡Ojalá que no hubiese sido testigo de este día!

D. MANUEL.—¡Valor, madre! ¡Refrénate hasta que lo sepas todo!

DIEGO.—Me dispuse, como ordenasteis, á recorrer con prontitud; y por última vez, el camino tan trillado, que lleva al convento... La alegría me daba alas.

D. CÉSAR.—¡Al hecho!

D. MANUEL.—¡Habla!

DIEGO.—Y, al penetrar en el patio del convento, que tan bien conocía, y preguntar impaciente por vuestra hija, veo pintado el espanto en todos los rostros, y á mi, horrorizado, me cuentan un suceso pavoroso. (Isabel cae pálida y temblorosa en un sillón, y D. Manuel la asiste.)

D. CÉSAR.—¿Dices que la robaron los moros! ¿Los vieron? ¿Quién lo presenció?

DIEGO.—Un bajel pirata de moros, según se asegura, ancló en una bahía no lejos del convento.

D. CÉSAR.—Algunos buques, huyendo del furor de los huracanes, se refugian en esos abrigos... ¿En dónde está ese buque?

DIEGO.—Viéronlo hoy en alta mar, con todas las velas, ganando lo largo.

D. CÉSAR.—¿Se ha hablado además de alguna otra presa? Porque una sola no les satisface.

DIEGO.—Los rebaños de bueyes, que pastaban allí, fueron también robados.

D. CÉSAR.—¿Cómo es posible que salteadores se deslizaran en secreto hasta el centro del monasterio, estando bien guardado?

DIEGO.—Las murallas del convento, por el jardín, son accesibles á largas escaleras.

D. CÉSAR.—Pero ¿cómo habían de penetrar hasta lo interior de las celdas?

DIEGO.—Las que no están sujetas por ningún voto, podían pasearse sin estorbo al aire libre.

D. CÉSAR.—¿Y tenía por costumbre usar mucho de esa libertad? Contéstame.

DIEGO.—Se le veía con frecuencia buscar la soledad del jardín; pero hoy no volvió.

D. CÉSAR. (Después de reflexionar un momento.)—¿Dices que la robaron? Si era fácil que la robaran, pudo ella misma huir también.

ISABEL. (Levantándose.)—¡Se ha cometido un robo criminal! ¡Ha sido á la fuerza! No es posible que mi hija olvidara de tal modo sus deberes, que espontáneamente siguiese á su raptor... ¡Manuel! ¡César! Pensaba traerlos una hermana; pero ahora he de deberla á vuestro heroico brazo. ¡Empleadlo en tan noble empresa, hijos míos! No tolerad que vuestra hermana sea presa de osado pirata... ¡Empuñad las armas! ¡Aprestad vuestros buques! ¡Recorred todas las costas! ¡Perseguid á los raptos por todos los mares! ¡Recobrad á vuestra hermana!

D. CÉSAR.—¡Adiós! Vuelo á vengarla, y á descubrirla. (Vase D. Manuel, despertando de profunda distracción, se vuelve inquieto á Diego.)

D. MANUEL.—¿Cuándo dices tú que desapareció?

DIEGO.—Desde esta mañana notaron su falta.

D. MANUEL. (A D.^a Isabel.)—¿Se llama tu hija Beatriz?

ISABEL.—¡Así se llama! ¡Corre! No preguntes más.

D. MANUEL.—Déjame que me entere sólo de...

ISABEL.—¡Vuela á trabajar! ¡Imita el ejemplo de tu hermano!

D. MANUEL.—¿En qué lugar, te conjuro...

ISABEL. (Instándole á que se vaya.)—¡Mira mis lágrimas, mi mortal angustia!

D. MANUEL.—¿En qué paraje la tenías oculta?

ISABEL.—¡No lo estaba en el centro de la tierra!

DIEGO.—Súbito miedo me acomete.

D. MANUEL.—¿Miedo? ¡Y por qué? Dí lo que sepas.

DIEGO.—Que yo haya sido causa inocente del rapto.

ISABEL.—¡Desdichado! Cuenta lo sucedido.

DIEGO.—No os lo había revelado, oh señora, para evitar esa pena á vuestro corazón maternal. El día en que el Príncipe fué sepultado, y en que todos, ávidos de novedades, se apiñaban para asistir á la ceremonia, estaba tu hija... porque la noticia había penetrado también en el convento... estaba empeñada tu hija en ser testigo de esta solemnidad. Yo me dejé persuadir, por mi desgracia; la disfracé con vestido de duelo, y pudo así satisfacer su deseo. Y me temo que entonces, entre tantos curiosos que acudieron allí de todas partes, fué vista por el raptor, porque su belleza es tan grande, que nada podía ocultarla.

D. MANUEL. (Aparte y confiado).—¡Palabras consoladoras que alivian mi corazón! No es ella. Esa indicación no le atañe.

ISABEL.—¡Anciano imprudente! ¡Así me hiciste traición!

DIEGO.—¡Señora! Mi intención fué la mejor. La voz de la naturaleza, la fuerza de la sangre, hablaba para mí en su desco. Túvelo por inspiración divina, ya que ese afán misterioso y casi profético, que sentía, la llevaba á la tumba de su padre. Parecióme justo acceder al cumplimiento de ese deber piadoso. Y así, con la mejor intención, hice mal.

D. MANUEL. (Aparte).—¿Por qué mi miedo y mi desesperación? Pronto sabré la verdad, y me tranquilizaré.

D. CÉSAR. (Que vuelve).—¡Perdona, Manuel! Yo te acompañaré.

D. MANUEL.—¡Nadie me siga! ¡Fuera! ¡Que no me acompañe nadie! (Vase.)

D. CÉSAR. (Mirándolo sorprendido).—¿Qué le sucede á mi hermano? ¡Dí, madre!

ISABEL.—No lo sé. No lo conozco ya.

D. CÉSAR.—Vuelvo, como ves, madre mía, porque, en mi afán precipitado por servirte, me olvidé preguntarte las señas para encontrar á mi hermana perdida. ¿Cómo indagar su paradero, si ignoro cuál es el lugar, en donde se ha cometido el rapto? Dime cuál es el convento que la guardaba.

ISABEL.—Está bajo la advocación de Santa Cecilia, y yace oculto detrás de los bosques montañosos, que se extienden insensiblemente hasta el Etna, y que lo convierten en un asilo silencioso de almas piadosas.

D. CÉSAR.—¡Valor, pues, y ten confianza en tus hijos! Te devolveré mi hermana, aunque haya de buscarla por toda la tierra y todos los mares. Sólo me aflige una cosa, oh madre; dejé á mi prometida bajo la protección de extraños. A tí únicamente quisiera yo entregar prenda tan cara; te la enviaré, y la verás; y, en su pecho y amante corazón, olvidarás tu pena y tus dolores. (Vase.)

ISABEL.—¿Cuándo cesará al fin la antigua maldición, que pesa sobre esta casa? Un genio maléfico se burla de mis esperanzas, y jamás se amortigua su rabia envidiosa. Cuando me juzgo cerca del seguro puerto; cuando tanto me tranquilizaba la dicha cierta que me aguardaba; cuando creía que la calma había sucedido á tantas tempestades, y cuando contemplaba á la tierra plácida y serena, iluminada por los rayos del sol poniente, sobreviene la borrasca, que trae el austro, y me obliga á luchar de nuevo con las olas. (Vase al interior del palacio, á donde la sigue Diego.)